
Sobre la posibilidad de una teoría económica “ética” consecuente con la Doctrina Social de la Iglesia

On the Possibility of an “Ethical” Economic Theory consistent with Catholic Social Teaching

ÓSCAR VARA

Profesor del Dpto. de Análisis Económico: Teoría Económica e Historia Económica en la Universidad Autónoma de Madrid
oscar.vara@uam.es

Resumen: Las teorías económicas modernas – keynesiana, austriaca o neoclásica– se caracterizan por la manera en que conciben al agente económico. Como fácilmente puede demostrarse, los fundamentos filosóficos en los que se apoyan estas concepciones son contradictorios con la Doctrina Social de la Iglesia. Esta sería la razón fundamental de que dichas teorías sean incapaces de juzgar apropiadamente, y en su globalidad, los juicios sobre economía de la DSI. En este artículo se explora la posibilidad de un enfoque teórico alternativo basado en una concepción antropológica más próxima al tomismo filosófico. En tiempos recientes, autores como Martin Rhonheimer o Gianfranco Basti han trabajado en una actualización de la filosofía tomista que, a nuestro juicio, permite construir una concepción alternativa del agente económico.

Palabras clave: Doctrina Social de la Iglesia, Historia del Pensamiento Económico, Concepciones Antropológicas, Ética y Economía.

Abstract: Contemporary economic theories, the Keynesian, Austrian or Neoclassic, are characterized by their conceptions of the economic agent. As can be easily shown, the philosophical foundations for these conceptions are contradictory with Social Catholic Teaching (CST). Fundamentally, this is the reason why those theories are unable to judge properly, and in its entirety, the economic judgments of CST. In this paper, we explore the possibility of an alternative economic theory based on an anthropological conception closer to philosophical Thomism. The work of Martin Rhonheimer or Gianfranco Basti can be considered a suitable updating of Thomistic thought that can be used for our purposes of building an alternative conception of the economic agent.

Keywords: Catholic Social Teaching, History of Economic Thought, Anthropological Conceptions, Ethics and Economics.

I. INTRODUCCIÓN

En los últimos años se ha incrementado el interés académico por el Magisterio pontificio. En el campo de la economía este interés se ha reflejado en el análisis acerca de las teorías económicas que soportan las afirmaciones del Magisterio, por ejemplo, sobre la libre iniciativa económica, el salario justo, el derecho de propiedad o la organización empresarial.

En general, los economistas juzgan los documentos de la Doctrina Social de la Iglesia (en adelante DSI) como intentos poco afortunados, desde el punto de vista técnico, de abordar cuestiones económicas. En otras ocasiones, sencillamente se suele intentar hacer compatible el mensaje de la DSI con las conclusiones de una escuela de pensamiento económico concreto e, incluso, demostrar cómo el origen intelectual de algunos argumentos de la DSI está en la obra de algún economista concreto¹.

Sin embargo, debe reconocerse que, tanto por su intención como por sus fundamentos, la DSI es un tipo de reflexión sobre el mundo de un carácter muy diferente al de la teoría económica. De hecho, es fácilmente demostrable que tanto por intención como por fundamentos, la DSI excede con mucho a la teoría económica tanto en lo que respecta al campo de problemas que se plantea como a la complejidad con la que aborda las cuestiones sociales, incluidas las propiamente económicas.

Desde este punto de vista, analizaremos en este artículo si las escuelas de pensamiento económico vigentes en la actualidad son, en sus fundamentos filosóficos, compatibles o no con la DSI. Para ello organizaremos el artículo de la siguiente manera: en primer lugar, daremos una definición de lo que entendemos que es la DSI como cuerpo de doctrina e intentaremos delimitar sus intenciones y fundamentos; en segundo lugar, analizaremos los fundamentos filosóficos de la escuela neoclásica a partir de sus padres fundadores, de la escuela keynesiana a partir de la obra del propio Keynes y de la escuela austriaca a partir de la obra de Mises; en tercer lugar, analizaremos las posibles incompatibilidades entre estas teorías y la DSI; en cuarto lugar, introduciremos un esbozo de lo que sería una antropología consecuente con la doctrina católica, a partir de la cual se podría definir un concepto de agente económico operativo para alguna teoría económica; en último lugar, se considerará cómo, a par-

¹ Hobgood, M. (1991); Huerta de Soto, J. (1998); Yuengert, A.M. (1999); Woods, T.E. (2005).

tir de esa antropología, se podría enunciar una teoría económica “católica” en un sentido heurístico. Es decir, que contenga una antropología consecuente que sea capaz de dar cuenta del aspecto moral de las acciones individuales, y que también dé cuenta de las dinámicas sociales que suponen la interacción de las personas cuando se tiene en cuenta la perspectiva moral.

Este trabajo pretende ser una extensión de las investigaciones del profesor Rubio de Urquía².

Por último, el autor agradece las observaciones y comentarios de los evaluadores anónimos.

II. UNA DEFINICIÓN DE LA DSI

La DSI no es, exclusivamente, un extenso y denso conjunto de textos que aumenta en número desde la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII en 1891. También es propiamente una doctrina sobre asuntos sociales que hace la Iglesia católica, a través del magisterio del Santo Padre así como de los obispos (por ejemplo, en los documentos publicados por las Conferencias Episcopales). Esta doctrina aplica sistemáticamente las verdades contenidas en la Revelación y la Tradición católicas al análisis de acciones personales y sociales que se despliegan en la historia. Desde este punto de vista se puede argumentar que ha habido doctrina de la Iglesia acerca de cuestiones “sociales” desde mucho antes de 1891³.

Estos textos son complejos en dos dimensiones distintas por un lado: cada uno aborda cuestiones distintas desde diferentes perspectivas (teológica, filosófica, científica, histórica, etc.; por otro lado, la DSI es “histórica” en sí misma, debido a que muchos de sus juicios se refieren a circunstancias históricas concretas susceptibles de cambio posterior.

Su objetivo principal, aunque se apoye en el conocimiento científico ya existente, no es científico sino moral. La DSI pretende orientar la acción de las personas con el objetivo fundamental de que éstas alcancen su salvación. Sin embargo, a pesar de que la DSI es teología moral principalmente, con regularidad debe enfrentarse a la acusación de falta de competencia en materia científica (por ejemplo por los economistas), ausencia de realismo, ignorancia de

² Rubio de Urquía, R. (1996).

³ Misner, P. (1991).

la teoría relevante, voluntarismo, etc. Esto se debe a que analiza cuestiones que también trata la ciencia, por lo que, en ocasiones, la DSI aparece como una doctrina competitiva con ella.

III. RELACIÓN ENTRE TEORÍA ECONÓMICA Y ANTROPOLOGÍA

En nuestros días, tres enfoques diferentes, que representan tradiciones económicas diferentes, compiten para ser la forma más adecuada de explicación de los fenómenos económicos: la neoclásica, la keynesiana y la austríaca. Por tanto, los juicios de la DSI se suelen comparar directamente con los juicios específicos que se realizan desde alguna de estas tres tradiciones de pensamiento (o desde alguna de sus variantes). Para ser breves, nos centraremos en la escuela neoclásica en su expresión canónica, en la versión de Mises de la escuela austríaca y en la obra la *Teoría General* del propio Keynes.

De estas teorías nos interesa el fundamento filosófico con el que construyen su concepto de agente económico. Afirmaremos con Rafael Rubio de Urquía (1991), que las teorías económicas son teorías de la asignación de recursos escasos a fines alternativos⁴. Desde la perspectiva de Rubio de Urquía, al ser la asignación una clase de acción ejecutada por una persona, la teoría económica estudiaría un subconjunto del conjunto total de acciones humanas. En términos analíticos, entonces, los elementos necesarios para construir una teoría de la asignación de recursos serían los siguientes:

- En primer lugar, una definición de la persona que actúa, esto es, una definición del agente económico. Este esconde en cada teoría económica una determinada antropología basada en una determinada doctrina filosófica.

- En segundo lugar, un principio sistemático de comportamiento que está presente en cada acción del agente. En todas las tradiciones económicas se supone un principio de comportamiento económico que afirma que todas las personas intentan obtener aquello que desean de la mejor forma posible teniendo en cuenta lo que conocen (o creen conocer) y lo que tienen (o creen tener).

- En tercer lugar, el medio de operación o lugar en el que el agente actúa y que puede variar en función de las características de los mercados, los bienes, la información, el número y características de los agentes, etc.

⁴ En línea con Lionel Robbins (1935), p. 16.

La unión de estos tres elementos nos permite deducir leyes de carácter económico dentro del dominio de definición de ellos mismos. Obviamente, la definición del agente económico tiene una clara preeminencia respecto de los demás. Por ejemplo, si bien se mantiene en cualquier escuela de pensamiento que los agentes buscan siempre lo mejor para sí mismos, la concreción del principio sistemático de comportamiento se deriva de cómo sea la definición del agente. Sin embargo, no es lo mismo ese buscar lo mejor cuando el agente está representado por una función de utilidad que cuando se le imagina de acuerdo a una matriz filosófica kantiana. Del mismo modo ocurre con el medio de operación. Es posible imaginar a un mismo agente definido sobre medios de operación diferentes, como hacen los modelos modernos neokeynesianos, que contemplan un agente neoclásico en mercados de competencia imperfecta, en lugar de mercados de competencia perfecta como hacen los modelos neoclásicos. Las predicciones de estado son diferentes pero, en esencia, los modelos son metodológicamente idénticos.

Por estas razones, afirmamos que hay una preeminencia de las concepciones antropológicas en la construcción de las teorías económicas. Esta especial relevancia de los conceptos de agente económico y de los fundamentos filosóficos sobre los que se construyen, es el objeto de los siguientes apartados.

1. Neoclásicos

Los padres fundadores de la escuela neoclásica estaban fuertemente influidos por el pensamiento utilitarista y positivista, muy vigentes durante el siglo XIX en Europa. Partiendo de la afirmación de que sólo el conocimiento empírico es conocimiento, el positivismo filosófico concluye en el monismo metodológico, es decir, en la afirmación de que sólo existe un método válido de conocimiento de la realidad. Este método sería aquel que conoce la realidad de manera empírica⁵. Durante el siglo XIX, hubo diferentes intentos de convertir a las ciencias sociales, incluida la historia, en ciencias parecidas a las naturales. Para ello, se iniciaron diferentes indagaciones que tenían como objetivo trasladar los métodos de investigación de las ciencias físicas a las ciencias sociales.

⁵ Kolakowski, L. (1972).

Este fue el caso de la economía y, en concreto, así se fue configurando el proyecto intelectual de los padres fundadores William S. Jevons, León Walras, Francis Y. Edgeworth, Vilfredo Pareto, Luigi Amoroso o Irving Fisher, por citar a los más importantes. El proyecto era sumamente ambicioso puesto que implicaba intentar convertir la economía en una ciencia exacta, próxima a la física, si bien teniendo en cuenta las peculiaridades que la diferenciaban de ella.

Las declaraciones de estos autores en los preámbulos de sus obras son absolutamente claras en este sentido. Walras habla de elaborar una ‘economía política pura’, en la que se formen tipos ideales como abstracción de la realidad que permita el uso de las matemáticas⁶. Edgeworth sugiere la analogía entre los Principios de Máxima Felicidad y los de Máxima Energía, defendiendo la colaboración entre la metodología de la física y el utilitarismo en una concepción del hombre como máquina de placer⁷, y siguiendo en esto los pasos de su compatriota Jevons⁸. Irving Fisher, incluso, proporciona en una de sus obras una tabla de analogías entre conceptos económicos y otros que provienen de la mecánica⁹, práctica que también utilizaron dos autores italianos, Vilfredo Pareto¹⁰ y Luigi Amoroso¹¹.

Un resultado intelectual de este propósito es el concepto de agente económico neoclásico. No nos debe sorprender el enorme ejercicio de abstracción que implica este concepto pues es perfectamente congruente con la metodología científica aplicada. En cualquier caso, el agente económico neoclásico queda representado en una función matemática de utilidad, es decir, queda definido por la relación que se establece entre cada elemento de las posibilidades de consumo que tiene el agente y el nivel de utilidad (o placer como sensación física intensiva) que proporciona. De este modo, el objetivo que persigue el agente con su acción consiste en elegir entre diversas opciones posibles de consumo que tienen por objetivo alcanzar el nivel de utilidad más alto posible, dadas ciertas restricciones (por ejemplo, la restricción monetaria).

Desde un punto de vista formal, no existe una definición acerca de cómo el agente obtiene el conocimiento acerca sus preferencias, ni cómo lo cambia

⁶ Walras, L. (1874), lección 3ª, § 30.

⁷ Edgeworth, F.Y. [1881(1925)], pp. 6-17.

⁸ Jevons, W. S. (1871), p. 44.

⁹ Fisher, I. [1892 (1962)], pp. 85-86.

¹⁰ Pareto, V. (1897), tomo II, p. 12.

¹¹ Amoroso, L. (1921), pp. 370-373.

o cómo imagina el futuro. Los conjuntos de consumo son perfectamente conocidos, así como es también conocida la capacidad técnica que tienen esos conjuntos para proporcionar placer o utilidad al agente. Es cierto que algunos autores han intentado perfeccionar la definición del agente económico neoclásico, pero el paradigma positivista impone fuertes restricciones a esos intentos. Por ejemplo, es el caso de los desarrollos modernos de la función de utilidad esperada¹². Para Friedman, y siguiendo la teoría de la “probabilidad personal” de Savage, los agentes económicos toman decisiones bajo incertidumbre, *como si* asignaran ciertos grados de creencia, o ciertas probabilidades subjetivas, a la ocurrencia de ciertos sucesos (p.e., la obtención de unos ingresos monetarios determinados en función de cursos de acción concretos) sobre los que, previamente, fijaron una ordenación de preferencias o de utilidad. En esta perspectiva, se mantiene la misma definición del agente económico de la microeconomía neoclásica, a la que se añade un mecanismo bayesiano de incorporación y proceso de nueva información. Si las condiciones del entorno del problema se mantienen constantes, y si el individuo puede permitirse mantener el proceso de recogida de información (tanto porque la decisión no sea urgente, como porque el coste de recogida de información no desincentive la misma), el criterio bayesiano proporciona un algoritmo de búsqueda convergente a la distribución de probabilidad cierta. Es decir, bajo condiciones permanentes de la realidad, la utilización del criterio bayesiano de decisión asegura al agente la posibilidad de encontrar la decisión que maximizará su utilidad esperada.

Es cierto, sin embargo, que la pérdida de realismo en la descripción de lo que es una persona se compensa en gran medida con una gran operatividad, ya que esta definición del agente económico permite concebir muchas circunstancias distintas y modelizarlas matemáticamente. Esa capacidad deductiva de los modelos neoclásicos explica la extensión de este paradigma y su popularidad.

2. Keynes y su *Teoría General*

La *Teoría General* sigue constituyendo la fuente básica del keynesianismo en economía. Sin embargo, es un libro que no ofrece una interpretación lineal

¹² Friedman, M. y Savage, L.J. (1948) y (1952).

sino que se pueden identificar en él diferentes niveles temáticos. En nuestra opinión, una distinción útil para su comprensión es la que distingue, por un lado, un núcleo en el que Keynes se dedica a explicar por qué una economía de libre mercado es inherentemente incapaz de producir el pleno empleo y, por el otro, una periferia de argumentos en los que se ofrecen diversas soluciones a ese problema y que pasan, todas ellas, por algún tipo de intervención estatal en el sistema económico.

En la parte nuclear, Keynes utiliza enunciados antropológicos provenientes de su primer trabajo intelectual de importancia, el famoso *A Treatise on Probability*, para elaborar su propia concepción operativa del agente económico. En concreto, Keynes toma su teoría del conocimiento para argumentar que las decisiones de largo plazo de los agentes económicos no tienen suficiente respaldo en el conocimiento que pueden formar en su mente acerca de la realidad. Por esta razón, su incertidumbre será de carácter fundamental e inerradicable, lo cual llevará a una valoración falsa de la realidad que, en el nivel agregado, será la responsable de la insuficiencia de la demanda efectiva.

A Treatise on Probability estuvo muy influido por las teorías de Moore y Russell. El primero fue iniciador de una nueva tradición de realismo filosófico, opuesta al idealismo filosófico hegeliano imperante en Cambridge a principios del siglo XX, con la publicación en 1903 de su *Refutation of Idealism*. Moore negaba allí que la realidad tuviera un carácter dependiente de la mente, pues estaba convencido de que los actos del juicio son distinguibles en sí mismos respecto de sus objetos, es decir, que son proposiciones realmente existentes. Moore afirmaba que si bien el pensamiento trata directamente con ideas y conceptos que constituyen el objeto de nuestro pensamiento, lo cual implica una división entre la realidad externa al individuo y los conceptos que éste utiliza para su comprensión, problema ya planteado por Berkeley, la realidad externa corresponde a las proposiciones que son pensadas sobre ella. Las proposiciones existenciales provenientes de la realidad exterior que son percibidas por cualquier individuo, se corresponden con una proposición verdadera que sería un hecho o realidad para dicho individuo¹³.

Russell insistió en una línea parecida, aunque no pensaba que los objetos físicos fueran algo que conociéramos inmediatamente, sino que pensaba que su existencia para los individuos era más bien cuestión de hipótesis. Aunque pu-

¹³ Davis, J.B. (1995), p. 240 y Passmore, J. (1968), p. 204.

diéramos intuir la existencia de ciertas cosas, no todas nos serían accesibles inmediatamente. Habría un conocimiento directo y otro por descripción que sería indirecto. El problema continuaba en determinar cómo a partir de una sensación o percepción podríamos inducir algún tipo de conocimiento que fuera verdadero. Russell solventó el dilema, transitoriamente, suponiendo que las sensaciones (*sense data*) eran algo objetivo, manteniéndose en la misma línea de investigación que Moore.

Keynes, por su parte, afirma que el conocimiento se obtiene por medio de dos tipos de juicios: por un lado, las personas realizan juicios de carácter probabilístico acerca de la realidad que conocen a través de su experiencia. Este conocimiento inicial se obtiene por una intuición, es decir, por un proceso no mediado y exento de error, con el que el agente adquiere un conocimiento directo de la realidad¹⁴. Este conocimiento simple está formado por proposiciones y por la relación lógica que se intuye entre ellas y que consiste en una probabilidad subjetiva o grado de creencia racional acerca de la conexión de las proposiciones entre sí. De tal manera que el agente es capaz de formar argumentos que contienen dos proposiciones que se intuyen y una relación lógica (el grado de creencia racional) que las vincula. Es decir, con las proposiciones A y B y la relación lógica, el agente construye un argumento o conocimiento indirecto del tipo si A entonces B con un grado de creencia racional subjetivo¹⁵.

El segundo tipo de juicio al que nos referíamos es un juicio de confianza (la denominada ponderación del argumento), que mide la completitud del conocimiento que está contenido en la evidencia empírica de la que dispone el agente. Esta ponderación se refiere a un juicio acerca de la cantidad de ignorancia y la cantidad de conocimiento que la gente cree tener acerca de la realidad que, en concreto, se está juzgando¹⁶.

Pues bien, Keynes lleva esta teoría del conocimiento a la economía para explicar cómo las personas toman decisiones, principalmente, de inversión (un argumento en contra de este juicio nuestro se encuentra en Fitzgibbons¹⁷). Estas decisiones, que son más de largo plazo, ofrecen un grave problema al agente económico puesto que el resultado de las mismas se produce en un mo-

¹⁴ Keynes, J.M. (1921), p. 13.

¹⁵ Keynes, J.M. (1921), p. 14; Lawson, T. (1988), p. 43.

¹⁶ Keynes, J.M. (1921), p. 345.

¹⁷ Fitzgibbons, A. (1988), p. 77.

mento muy alejado del tiempo. En estas condiciones, la ponderación del argumento, o juicio de confianza, no tiene ninguna base en absoluto. Entonces, el juicio probabilístico, a pesar de nacer de una intuición, no merece confianza y el agente sentirá una incertidumbre de carácter fundamental o inerradicable, es decir, que no se puede reducir porque se debe a una ignorancia inevitable sobre el futuro¹⁸. Esto obliga a los agentes a adoptar estrategias de comportamiento para reducir la sensación de incertidumbre. En la *Teoría General* se afirma que estas estrategias son de dos tipos (por un lado, actuar de manera convencional¹⁹; en segundo lugar, actuar de acuerdo a los *animal spirits*²⁰).

El resto del argumento keynesiano explica cómo una economía en la que sólo hay consumidores que se comportan de manera convencional y empresarios que actúan de acuerdo a los *animal spirits* no logrará llegar a una situación agregada óptima (de pleno empleo) y necesitarán la intervención del Estado para alcanzarla.

3. Ludwig von Mises y la escuela Austriaca

En los escritos de Mises no se encuentra un desarrollo completo de una teoría del conocimiento propia porque no era esta teoría el objetivo principal del autor austriaco, sino una teoría de la acción humana. Sin embargo, hay una epistemología detrás de sus teorías, tal y como él reconoce en sus trabajos metodológicos.

Mises nunca ocultó los orígenes filosóficos de su pensamiento. Por ejemplo, se refiere elogiosamente a los trabajos de Leibniz y de Kant, y los alaba por su oposición a Hume y Locke²¹. Nuestra opinión es que, precisamente de Kant, recogió Mises la teoría del conocimiento, por lo que será necesario que dediquemos una brevísima atención al pensamiento del filósofo de Königsberg.

Como es sabido, Kant, aun teniendo en cuenta la gran importancia de la experiencia en la formación del conocimiento, creía que era precisa la intervención en la mente de algún elemento previo a las experiencias que permitiera asignarles un sentido y propuso unas *categorías a priori del pensamiento* que

¹⁸ Keynes, J.M. (1936), p. 148 y p. 214.

¹⁹ Keynes, J.M. (1937).

²⁰ Keynes, J.M. (1936), p. 124.

²¹ Mises, L. von (1962), p. 12.

debían, lógicamente, preexistir a la experiencia para que el conocimiento fuera posible²².

Mises se adhiere a esta teoría del conocimiento y, además, afirma que conocimiento y acción son realidades que se generan una a la otra. Todo pensamiento es acción, toda acción es pensamiento, ambas son cogenéricas²³ y, por tanto, esta teoría formal de las categorías sería también aplicable a la acción humana. Y aquí encuentra Mises que bastan dos categorías lógicas para explicar la acción, que son la de causalidad y la de teleología. La primera constituye la estructura básica del razonamiento humano, por cuanto busca relaciones constantes de causa-efecto entre los fenómenos²⁴. La segunda categoría a priori es la teleología. La acción humana siempre está orientada a la consecución de un fin.

Esta teoría tiene dos implicaciones: (por un lado, Mises pretende que es posible construir una teoría de la acción humana axiomática, con certeza apodíctica, a partir de las dos categorías de la acción, ya que es imposible negarlas; por el otro lado, la teoría del conocimiento kantiana enfatiza el aspecto subjetivo del conocimiento y la limitación de la capacidad humana de conocer. De acuerdo con esto, la coordinación social es un proceso dinámico en el que los agentes van percibiendo gracias a su conocimiento particular de la realidad, oportunidades de beneficio que pueden permanecer invisibles para otros agentes. Es más, las interacciones irán desvelando soluciones complejas a los problemas de coordinación que, por esa complejidad, no habrían podido ser descubiertos por un solo ser humano (estas soluciones se plasman en instituciones sociales, es decir, en pautas de comportamiento adoptadas por la mayoría de una comunidad de personas –ejemplos de estas instituciones serían el dinero, el mercado, el lenguaje, el derecho, etc.). El liberalismo de la escuela austriaca proviene, precisamente, de aquí.

IV. INCOMPATIBILIDADES DE FONDO ENTRE LA TEORÍA ECONÓMICA CONTEMPORÁNEA Y LA DSI

La pregunta que queremos hacernos en este apartado es la siguiente, ¿son compatibles las antropologías que utilizan estas teorías con una antropología filosófica de inspiración católica?

²² Mises, L. von (1962), pp. 12 y 14.

²³ Mises, L. von (1995), p. 48 y Mises, L. von (1962), p. 64.

²⁴ Mises, L. von (1962), p. 20.

El espíritu de la escuela neoclásica es, por razón de sus fundamentos filosóficos, el más alejado de la DSI. Si sólo tiene estatuto de conocimiento humano lo que es susceptible de ser medido, pesado y, en definitiva, cuantificado, la Revelación no es conocimiento humano. Desde esta perspectiva, todos los juicios contenidos en la DSI serían meras fantasías, nunca conocimiento. Pero también lo es el propio concepto de agente económico que, como optante mecánico entre opciones preestablecidas (o que, sin ser conocidas, preexisten y pueden llegar a conocerse por algún procedimiento algorítmico, tal y como se explica en los modelos de utilidad esperada), no es un medio teórico capaz de representar la complejidad dinámica de los seres humanos que cambian con sus propias acciones y que las reevalúan de acuerdo a criterios normativos.

En el caso keynesiano hay que distinguir también estos dos niveles. El intuicionismo en la obra de Keynes no es un objeto directo de su pensamiento sino el punto de partida desde el que construye una teoría sobre el conocimiento y la argumentación. En este sentido, Keynes construye una teoría que hace una petición de principio acerca de la verdad del conocimiento que se construye por intuición. En esta petición de principio afirma explícitamente que el juicio probabilístico en el que está contenida la relación lógica que llama grado de creencia racional, es un juicio cierto a partir de lo conocido por la experiencia del individuo. Sin embargo, debido a que es un conocimiento limitado, el agente no está autorizado a afirmar que ese argumento cierto, dadas las condiciones locales en que se ha obtenido, pueda ser cierto respecto de las condiciones generales que sean también relevantes. Por eso es necesario el juicio de confianza o ponderación del argumento que introduce la cuestión de la ignorancia y el desconocimiento total sobre el futuro. Esta teoría tiene elementos de interés, pero ofrece una visión demasiado pesimista sobre las posibilidades del conocimiento humano. De hecho, los individuos dotados con una menor penetración intelectual quedan abandonados al juicio de los que están dotados mejor. En mi opinión, esta es la razón por la que Keynes concibe una organización social que tiene que ser tutelada por los que saben y tienen el conocimiento técnico (esto justificaría sus afirmaciones sobre la necesidad de manipular la sociedad desde el control de la población, el valor de la moneda y las inversiones productivas).

Ludwig von Mises ofrece también una perspectiva peculiar puesto que, si bien su teoría del conocimiento es kantiana²⁵, la aplicación de esta teoría a la construcción de una praxeología o teoría de la acción podría hacerse independiente de ésta. Me gustaría enfatizar que construir la teoría de la acción sobre las categorías de causalidad y teleología no es incompatible con una filosofía realista. Sin embargo, Mises se declara kantiano y, en línea con la teoría del conocimiento kantiana, afirma que hay una brecha entre la realidad externa que se conoce y el conocimiento que formamos acerca de ella, porque el mundo externo no es susceptible de ser conocido de manera directa y objetiva, sino mediada por las categorías *a priori*. Por eso afirma que la experiencia no es decisiva en la formación de una teoría, sino que lo es la construcción de hipótesis²⁶, cuya aplicabilidad a la realidad no es segura por la imposibilidad de verificación de las teorías, incluso si hubiera regularidades empíricas en el ámbito social, y por la inaccesibilidad a las razones últimas de los fenómenos. En el caso de las ciencias naturales, esto quiere decir que el único criterio de validez aplicable para juzgarlas sería estrictamente instrumentalista²⁷. Es decir, sería un conocimiento que tendría como patrón de medida al propio ser humano y los objetivos que desea alcanzar o satisfacer. Por esta razón rechaza el monismo metodológico positivista y defiende un dualismo metodológico (por un lado, está el mundo externo al ser humano del que sólo extraemos conocimientos instrumentales y, por el otro, está el propio ser humano, que tiene acceso al conocimiento de las categorías *a priori* gracias a la introspección²⁸).

Mises está defendiendo que es posible construir teorías puramente deductivas o *a priori* sobre el hombre y que éstas proporcionarán un conocimiento no redundante sobre el ser humano, es decir, que serán sintéticas. Esto le llevará a afirmar que ha encontrado el modo de realizar una ciencia universalmente válida de la acción humana de la que la rama más perfeccionada es la economía o cataláctica. Ahora bien, el hombre conoce *a priori* sólo las categorías necesarias para la acción y el entendimiento, lo demás lo ha de deducir axiomáticamente. Sin embargo, el que podamos construir una teoría sobre la acción humana que tenga certeza apodíctica, como afirma Mises, no implica

²⁵ Lo cual también se podría argumentar de Hayek, con las reservas señaladas por Butos, W.N. y Kopp, R.G. (2007).

²⁶ Mises, L. von (1981), p. 9.

²⁷ Mises, L. von (1995), p. 30.

²⁸ Mises, L. von (1995), pp. 77 y 78; Mises, L. von (1981), p. 24 y Mises, L. von (1962), p. 71.

que los motivos ni los planes que realizan los individuos sean acertados respecto de sus fines. Ni implica, lo que es más importante para nuestro argumento, que sean acertados respecto de alguna pretendida esencia o naturaleza de la persona que, por definición en este contexto, es imposible de conocer. Consecuentemente, Mises se opone a las explicaciones holísticas o finalistas de la existencia humana (como es el caso de la DSI, por ejemplo) y las critica con dureza en el capítulo VIII de su *La Acción Humana*, especialmente en el apartado 2.

En una primera aproximación, observamos que todas estas antropologías usadas por las teorías económicas contemporáneas son la puerta de entrada para concepciones filosóficas utilitaristas, socialistas o relativistas que no son compatibles con la filosofía cristiana si por ella entendemos una metafísica de carácter aristotélico-tomista.

Además, todas suponen que los objetivos perseguidos por cada agente económico son irrelevantes. Es cierto que esta hipótesis de partida es una convención común por la cual la ciencia económica se pone en igualdad con las otras ciencias positivas. Sin embargo, las jerarquías de objetivos son un aspecto muy significativo de la acción personal y, sobremanera, de las dinámicas sociales e históricas que se derivan de la interacción de las personas. Las personas comprenden que no todos los objetivos tienen la misma importancia no sólo dependiendo de las circunstancias históricas en las que viven. Existen objetivos que son para ellos superiores a otros en todo momento y lugar. De hecho, son estos últimos objetivos que son tenidos por buenos siempre los que influyen en la valoración de los objetivos particulares que se persiguen en cada circunstancia, así como el criterio que la persona utiliza para determinar cómo es aceptable alcanzarlos. Es más, las acciones que se eligen como convenientes para alcanzar esos objetivos tienen una influencia más allá de la persona que las realiza y colaboran a producir un conocimiento compartido que está en el origen de la cultura, las normas de comportamiento social y las instituciones sociales.

La jerarquización de los objetivos de la acción es fundamental para el pensamiento católico. Como sabemos, éste reposa en dos fuentes de conocimiento distintas, la razón y la Revelación. Por lo tanto, el cristiano, y en concreto el católico, afirma desde un principio que es razonable pensar que el universo, que todo lo que existe, tiene su origen en alguna realidad previa que debe poseer ciertos rasgos concretos. Ahora bien, este primer argumento racional, la afirmación de que Dios, sea lo que sea esto, existe, no nos informa de

qué es en concreto este Dios. Es de Revelación de dónde saca el cristiano la información de que ese Dios no es un qué sino un quién y las implicaciones que se derivan de ello. Por lo tanto, para el cristiano el conocimiento sobre el hombre se verá influido tanto por la razón como por la Revelación.

Por lo tanto, si la DSI está formada por juicios en los que la razón y la Revelación actúan como criterios valorativos y, además, tiene como propósito la reorientación de la acción personal en un sentido muy específico (la salvación), las teorías económicas contemporáneas no son en sí mismas capaces de ayudar a este propósito. Entonces, como no son las únicas antropologías concebibles, como sus fundamentos filosóficos no son los únicos concebibles, debe ser posible construir una teoría económica diferente a ellas que, como ellas, sea una teoría de la asignación de recursos pero en la que la antropología utilizada sea consecuente con el pensamiento católico. En eso consistiría una teoría económica “ética” concebida de acuerdo a una antropología consecuente con la filosofía católica.

V. UNA CONCEPCIÓN CATÓLICA DE LA PERSONA

Llegamos al punto en el que debemos interrogarnos por la concepción de persona que puede ser compatible o asumible por la doctrina católica. Lo primero que hay que advertir es que no existe una reflexión especulativa sobre el hombre que la Iglesia haga específicamente. Es decir, cuando hablamos de una antropología católica no nos referimos a que la Iglesia tenga una como suya. Más bien, la Iglesia invita a los pensadores a que tomen, como faro que les guíe, la Revelación y la tradición de la propia Iglesia para sus propias reflexiones intelectuales en los más variados ámbitos del pensamiento, también en el antropológico.

Por tanto, cuando hablamos de antropología católica (en este mismo sentido debe entenderse el término teoría económica “católica”) pensamos en un pensamiento racional acerca del ser humano que lo explique, que comprenda su realidad, y que sea compatible con el conocimiento del hombre que se extrae de la Revelación y la tradición. Esto no es exactamente lo mismo que decir que buscamos un saber sobre el hombre que sea compatible con la antropología teológica, pues esta también es una reflexión racional sobre el hombre, pero en la línea de lo que implica teológicamente para él la Revelación. Es decir, respecto de la Revelación la propia antropología teológica está en la misma situación que la antropología filosófica.

Hasta lo que llega nuestro conocimiento, no ha existido un intento previo de aplicar esta metodología que proponemos. Es cierto que existen propuestas económicas de corte “católico” y neo-tomista desarrolladas sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX y, en algunas ocasiones, a la sombra de la Encíclica *Rerum Novarum*. Se pueden citar autores como Giuseppe Toniolo, Ketteler, Heinrich Pesch o Liberatore, como parte de lo que el mismo Toniolo²⁹ denominaba la “escuela cristiana” (en contraposición a las que denomina escuelas “ético-jurídica” de Minghetti y Baudrillard, individualista de Stuart Mill, socio-política de Wagner, histórica de Roscher y Schmoller y psicológico-matemática de Menger y Sax). En general, esta corriente neo-tomista está muy influida por el clasicismo de Adam Smith, Ricardo, Malthus y Stuart Mill³⁰, aunque en el caso de Toniolo, por ejemplo, encontramos una teoría construida sobre la escuela histórica alemana³¹.

Los datos esenciales sobre el hombre que extraemos de la Revelación sobre el ser humano, serían³²:

1. Imagen de Dios: la relación del fenómeno humano con Cristo no es extrínseca. “...el hombre no es inteligible sin su relación con Dios, que lo ha creado, ni sin su relación con Cristo, por el cual, en el cual y hacia el cual, lo ha creado, lo conserva y lo dirige hacia la plenitud escatológica”.

2. Realidad espiritual y material

a. El hombre es una unidad dual, por así decirlo, pues puede obrar al mismo tiempo de manera espiritual y material y, por tanto, es al mismo tiempo un ser espiritual y material.

b. El alma espiritual no preexiste a la materia, sino que se existe en el acto de informar la materia. De forma simétrica se razona respecto de la materia.

3. El hombre ser social. Dos aspectos nos interesan aquí:

a. Realidad actual de la persona (el hombre nace en un medio social y se desarrolla socialmente. No es concebible la existencia de humanidad en el hombre en ausencia de sociedad, de trato con los demás, de su nacimiento en el seno de una familia. Desde este punto de vista, es cierto que son concebibles muchos tipos de socialización, lo que implica que la socialización a la que está llamado el cristiano no es cualquiera, sino una muy concreta.

²⁹ Toniolo, G. (1908), prefacio.

³⁰ Solari, S. (2007), p. 48.

³¹ Manzalini, F. (2009), p. 33.

³² Catecismo de la Iglesia Católica; Ladaria, L. (1992); Flick, M. y Alszeghy, Z. (1999).

b. Historicidad (la persona tiene biografía e historia, pero también el género humano. La historia de los hombres se concibe como Historia de la Salvación, es decir, se reconoce que la actividad humana en el tiempo tiene importancia respecto de la salvación.

4. El hombre es una naturaleza herida e inclinada al mal por el pecado.

a. La libertad de que goza la persona puede orientarse a un fin contrario a sí mismo, o dicho de otro modo, contrario a la salvación. La persona puede rechazar a Dios y abrazar el mal.

b. La opción por Cristo implica aceptar un camino en el que se desea “dejar de estar bajo el signo del pecado”.

c. Este proceso no es irreversible, de ahí la necesidad de la actitud de lucha continua. Cada persona es invitada a “cristianizarse”, a convertirse en Cristo en la mínima pero exigente medida en que esto es posible. Sabiendo, no obstante, que en esa opción no está sólo, sino amparado por la Gracia de Dios. El horizonte temporal de la acción del cristiano, entonces, es doble: uno es intrahistórico, aquí y ahora, y está sometido a lo que la acción pretende; el otro es escatológico, la parusía, que está fuera del tiempo y consiste en la salvación.

Esto ha de hacernos comprender que la forma en la que conjugamos fe y razón en la consecución de, por ejemplo, una filosofía católica es, en primer lugar, un método. Una manera de aproximarse al conocimiento de la realidad presente. Y, en segundo lugar, si se ha puesto el cuidado debido, será una doctrina científica consecuentemente “católica”, y por ser científica, falible y revisable racionalmente con posterioridad. En la historia de la filosofía se da la singularidad de que se tiene por “filosofía cristiana” especialmente la obra de santo Tomás de Aquino porque, en gran medida, el problema que interesó a la filosofía a partir del fin de la Edad Media que es el epistemológico y no el metafísico. Esta quiebra, de la que da cuenta MacIntyre en *After Virtue*, ha puesto de actualidad de nuevo el pensamiento del de Aquino aunque, cada vez más, desde el contexto de la filosofía contemporánea. En gran medida porque el pensamiento de santo Tomás respeta la autonomía de la reflexión que puede hacerse con las fuerzas naturales de la razón y aquella que se fundamenta en la Revelación que, por definición, excede lo que la razón natural puede alcanzar a descubrir.

Esa manera de proceder es compartida por otros filósofos cristianos contemporáneos³³. La Revelación, incluso la propia afirmación de que Dios existe,

³³ Basti, G. (1995) y Rhonheimer, M. (2011).

actúa como un tensor del razonamiento propiamente filosófico, pero no como un supuesto de partida que lo determina.

Una ventaja de la teoría tomista radica en estudiar al hombre desde una perspectiva personal, incluso podríamos decir que subjetiva en línea con los avances actuales a partir de su teoría. El ser humano en la obra de santo Tomás es un agente, alguien que actúa. Además, santo Tomás hace compatible su concepción racional del ser humano con los datos que aporta la Revelación. De tal manera, la Revelación se añade a lo fenomenológico como explicación de cambio y perfección de los productos de la razón.

Sin embargo, que sea una concepción del agente económico concebido a la manera “católica” no quiere decir que una concepción tal deba ser consonante con la filosofía tomista (que perfectamente puede serlo), sino que debe estar en consonancia con los rasgos fundamentales sobre el ser humano que se desprenden de la Revelación y que son parte de la dogmática católica contenida en el catecismo.

VI. ESBOZO DE UNA ANTROPOLOGÍA CONSECUENTE

¿Qué características deberá tener esa concepción “católica” del agente económico? En primer lugar, que es persona. De esta afirmación podemos derivar sin dificultar que al serlo, también es capaz de conocer y de auto conocerse. En segundo lugar, que el conocimiento del que es capaz no es exclusivamente sensible. No es una forma menor de conocimiento que le impide afirmar qué es cierto o falso, qué es justo o injusto, qué es verdadero o falso. Si el ser humano es semejante a Dios, debe compartir con él este rasgo. Por lo tanto, el agente económico que concibamos deberá poseer alguna clase de dinámica de conocimiento que le permita saber a qué atenerse respecto de la realidad. En términos filosóficos, la teoría del conocimiento más adecuada a este fin que nos han legado los filósofos parece la tomista. En tercer lugar, es capaz de cambiar de una manera íntima y profunda. Si es capaz de ponerse a sí mismo y a los contenidos mentales como objetos de su intelecto, es capaz de distanciarse de ellos, juzgarlos y esforzarse en cambiarlos. Esto quiere decir que los contenidos que influyen en su acción, ya sean sentimentales o intelectuales, cambian dinámicamente de acuerdo a algún procedimiento personal que, si está en función de la mejora del individuo, es ético. Lo que queremos decir es que el agente debe poseer algún tipo de criterio que le permita juzgar sus acciones y las de los demás, sabiendo si son buenas o malas sin mar-

gen para la duda. En cuarto lugar, sólo existe un fin último de las acciones de las personas que sea adecuado a la perfección de la persona. Ese fin es el que ha de atraer todo lo que la persona es y hace. Este es el proceso de conversión en Cristo a que está llamada cada persona. Sin embargo, si suponemos que el ser humano existe bajo el signo del pecado, esta conversión es un proceso complejo que obliga al ser humano a transformarse a sí mismo teniendo en cuenta lo que es el ser humano en términos naturales pero que, al mismo tiempo, es un proceso que no opera en el vacío, sino que cuenta con el apoyo permanente de Dios a través de la Gracia. Además, este fin no es práctico aunque atraiga hacia sí todos los fines prácticos que el ser humano se plantee en su existir, porque está situado más allá de la historia individual.

Se advierte ya la complejidad que debe alcanzar una teoría sobre un agente económico que actúa en el tiempo, cambia con la acción en diversas dimensiones de su persona e influye y es influido por el medio de operación en el que actúa. Estamos definiendo la situación, al principio en términos analíticos, de un ser humano que actúa de modo intencional a partir de lo que “es” él mismo como persona, pero al que le reconocemos la capacidad de cambiar en cuanto a lo que “es” él mismo como persona por la propia influencia de sus acciones. Sin embargo, esta no es la única fuente posible de su cambio ni de su proyección hacia las cosas, porque también estará influido y limitado, pero al tiempo podrá influir y limitar el medio en el que está inserto. Este medio es también complejo, ya que está formado por los otros seres humanos con los que interactúa pero, además, por otras realidades físicas (en el estricto sentido de la palabra, pues nos referimos al lugar físico que le circunda) pero también culturales, normativas e institucionales. Por lo tanto, la definición del agente económico que hagamos, para que sea “católico”, deberá tener en cuenta estas circunstancias y, además, añadirle la influencia que tiene el hecho católico sobre él, de acuerdo a lo que afirme la propia DSI. Recordemos que esta influencia le afecta personalmente en lo que “es” él mismo como persona y, también, en la ordenación y ejecución de sus planes de acción en el tiempo.

VII. SOBRE LA POSIBILIDAD DE UNA TEORÍA ECONÓMICA EN LÍNEA CON LA “FILOSOFÍA CATÓLICA”

En una teoría económica entendida en la modalidad “católica” de la que hemos hablado, es necesario dar cabida, en los elementos que definen al agente económico, a una realidad compatible con la cosmovisión católica.

Una manera factible de hacerlo es la que propone Rubio de Urquía³⁴. Definiremos, entonces, al agente económico como un ensamblaje (una unión) de un número concreto de elementos que definen su personalidad en un momento cualquiera del tiempo. Los elementos fundamentales del ensamblaje, independientemente de cuáles sean sus contenidos, los agrupamos en tipos (creencias, valores, actitudes y representaciones teórico-técnicas). Obviamente, dependiendo de cómo se “rellenen” estos elementos, es decir, de cuáles sean los tipos de creencias, de valores, de actitudes y de cuáles sean en concreto las representaciones teórico-técnicas, así tendremos un ensamblaje de un tipo o de otro (por ejemplo, las creencias y valores pueden determinar que una persona se defina a sí misma como budista o que otra se defina a sí misma como atea). Una definición de estos elementos sería, según nuestro criterio, la siguiente:

- Las creencias serían proposiciones a las que se les concede credibilidad y certeza de acuerdo a algún criterio explícito. Por ejemplo, yo creo que el átomo está configurado de esta manera porque tengo fe en el testimonio de los científicos basado en sus conocimientos y experiencias.

- Los valores serían cualidades de una realidad, o de la realidad en general, en las que apreciamos racionalmente un valor ético. Es decir, son cualidades de los entes que a una persona le hacen decir “esta realidad es buena o mala”.

- Las actitudes sirven para valorar afectivamente una determinada realidad. Serían conocimiento que el agente posee y del que será consciente al encontrarse con un evento concreto, provocando en él una apreciación negativa o positiva de ese mismo evento. Estos bloques de información o estructuras de conocimiento se “activan” (en un sentido fisiológico) ante determinadas realidades o “encuentros” asignándoles una valoración afectiva (positiva o negativa). Por tanto, no son parte de un proceso racional, sino que incorporan a través de la experiencia y adquieren sentido por estructuras de valoración concretas que se poseen en momentos también concretos³⁵.

- Finalmente, las representaciones teóricas consistirían en el modo en que la persona entiende la realidad a través de teorías sobre cómo funciona ésta y prácticas o modos de operar en ella para alcanzar ciertos fines. Es decir, unas serían explicaciones sobre qué creemos que saber de la realidad que nos

³⁴ Rubio de Urquía, R. (1993).

³⁵ Lapsley, D.K. y Narváez, D. (2009), pp. 200-201.

circunda mientras que las otras serían procedimientos prácticos para operar en esa realidad (sin que ninguno de los dos tipos de representaciones tenga por qué ser verdadero).

El cambio de estos contenidos, que explica el cambio del propio ensamblaje, se realiza por medio del ejercicio de dos dinámicas diferentes, la ética y la cognitiva. La primera consiste “de modo general, en la dinámica de la ordenación del ‘deber ser’ y, en particular, de la dinámica de constitución de secuencias de objetivos de acción; y la dinámica cognitiva, consistente en la dinámica de constitución de representaciones teóricas. Estas dos dinámicas fundamentales se hallan vinculadas entre sí”³⁶.

Las dinámicas deben explicar cómo se forma la personalidad o los contenidos de los elementos que definen el ensamblaje en cada momento del tiempo. Por lo tanto, los planes de acción entre los que puede elegir el agente económico en un momento del tiempo, dependerán de los contenidos concretos de su ensamblaje así como de las dinámicas de conocimiento y de reevaluación de esos contenidos. En este punto es donde las teorías éticas de corte tomista encuentran su ubicación³⁷. Es decir, la explicación de qué acción se elige y cómo puede fundamentarse con una ética filosófica “católica” (en el sentido que hemos explicado más arriba). Por lo tanto, la intencionalidad de la acción, así como la intervención que tienen en la toma de decisiones la voluntad y la inteligencia, han de incluirse como elementos de la antropología. Ahora bien, como el ejercicio de la voluntad y de la inteligencia sirve para orientar al agente hacia la realidad en modos concretos, esto implica que ciertos tipos de acciones quedarán obturadas como posibilidades reales, mientras que se abrirán otras. Es decir, el aspecto ético de la acción implica también una intervención de la realidad intencional. Si tenemos en cuenta la interacción de las personas, esta concepción del agente económico nos obliga a preguntarnos las posibilidades sociales que obtura o abre la intencionalidad de las acciones. O dicho de otro modo, cuáles son las realidades históricas y los procesos dinámicos históricos que se abren o se cierran cuando tenemos en cuenta que las acciones individuales persiguen objetivos que no son exclusivamente inmediatos, sino que tienen detrás un proyecto de realización personal. Incluso, cabría preguntarse si es posible definir tipologías de ensamblaje, es decir, tipologías personales de tal manera que el intento de realización de los pla-

³⁶ Rubio de Urquía, R. (1993), p. 6.

³⁷ Rhonheimer, M. (2011).

nes de acción propios de ellas pudiera ser evaluado en términos de dinámicas históricas. Es decir, preguntarse si hay ciertas tipologías personales que, caracterizadas respecto de lo que entienden que es bueno, llevan a dinámicas históricas más coordinadoras socialmente o no.

VIII. CONCLUSIONES

En este artículo hemos presentado, en primer lugar, una breve demostración de por qué las teorías económicas contemporáneas no son buenas herramientas para evaluar los juicios morales de la DSI. En segundo lugar, hemos argumentado que la propia DSI necesita de una teoría económica más general que las que existen para poder dialogar científicamente con los economistas. Finalmente, hemos presentado en esquema cuál sería un posible camino para realizar esa teoría económica más general, que queda como un trabajo para el futuro.

Con este trabajo no queremos desmerecer el valor científico de las teorías económicas contemporáneas, pero sí poner de manifiesto que ofrecen limitaciones para aquellas cosmovisiones que, en términos filosóficos, no comparten sus mismos presupuestos. Estas limitaciones son más evidentes en el caso de teorías sociales que implican, además, la consideración de los aspectos éticos de la acción de las personas y su posible efecto sobre la evolución de la sociedad. En esos casos, no son sólo las consideraciones sobre el deber ser, que por definición quedan excluidas de las teorías económicas, las que crean esa distancia, sino que las propias antropologías en las que están basadas las teorías económicas contemporáneas no son susceptibles de introducir en sus modelizaciones la dimensión ética de la acción personal debido a sus propios presupuestos filosóficos.

BIBLIOGRAFÍA

- Amoroso, Luigi (1921), *Lezioni di Economia Matematica*, CEDAM Casa editrice Dottore Antonio Milani, Padua.
- Basti, Gianfranco (1995), *Filosofia dell'uomo*, ESD, Bologna.
- Booth, Philip (ed.) (2007), *Catholic Social Teaching and the Market Economy*, Institute of Economic Affairs, Westminster, Londres.
- Butos, William N. y Koppl, Roger G. (2007), "Does The Sensory Order Have a Useful Economic Future?", en Butos, William N. y Koppl, Roger G.

- (eds.), *Cognition and Economics (Advances in Austrian Economics)*, Elsevier, Nueva York.
- Davis, John B. (1995), “Keynes’s Later Philosophy”, *History of Political Economy*, vol. 27, n° 2, pp. 237-260.
- Edgeworth, Francis Ysidro [1881 (1925)], *Mathematical Psychics. An Essay on the Application of Mathematics to the Moral Sciences*, Macmillan, Londres.
- Fisher, Irving [1892 (1962)], *Mathematical Investigations in the Theory of Value and Prices*, August M. Kelley, Nueva York.
- Fitzgibbons, Athol (1988), *Keynes’s Vision. A New Political Economy*, Clarendon Press, Oxford.
- Flick, Maurizio y Alszeqhy, Zoltan (1981), *Antropología Teológica*, Sígueme, Salamanca.
- Friedman, Milton y Savage, Leonard Jimmie (1948), “The Utility Analysis of Choices Involving Risk”, *Journal of Political Economy*, vol. 56, n° 4, pp. 279-304.
- Friedman, Milton y Savage, Leonard Jimmie (1952), “The Expected-Utility Hypothesis and the Measurability of Utility”, *Journal of Political Economy*, vol. 60, pp. 463-474.
- Hobgood, Mary (1991), *Catholic Social Teaching and Economic Theory*, Temple University, Philadelphia.
- Huerta de Soto, Jesús (1998), “The Ethics of Capitalism”, *The Journal of Markets and Morality*, vol. 2, n° 2, pp. 150-163.
- Iglesia Católica (1992), *Catecismo de la Iglesia Católica*, Asociación de Editores del Catecismo, Madrid.
- Jevons, William Stanley (1871), *The Theory of Political Economy*, MacMillan, Londres.
- Keynes, John Maynard (1921), *A Treatise on Probability*, Macmillan, Londres.
- Keynes, John Maynard (1936), *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan, Londres.
- Kolakowski, Leszecz (1972), *The Positivist Philosophy*, Penguin, Londres.
- Ladaria, Luis (1992), *Introducción a la Antropología Teológica*, Verbo Divino, Pamplona.
- Lapsley, Daniel K. y Narváez, Darcia (2009), “A Social-Cognitive Approach to the Moral Personality”, en Lapsley, Daniel K. y Narváez, Darcia (eds.), *Personality Identity and Character. Explorations in Moral Psychology*, University of Notre Dame, Indiana, pp. 189-212.

- Lawson, Tony (1988), 'Probability and Uncertainty in Economic Analysis', *Journal of Post-Keynesian Economics*, vol. 11, n° 1, pp. 38-65.
- MacIntyre, Alastair (1981), *After Virtue*, University of Notre Dame Press, Notre Dame.
- Manzalini, Fiorenza (2009), *Elementi di Economia Politica in Giuseppe Toniolo*, Cantagalli, Siena.
- Mises, Ludwig von (1962), *The Ultimate Foundation of Economic Science*, D. Van Nostrand Company Inc., Princeton.
- Mises, Ludwig von (1980), *The Theory of Money and Credit*, Liberty Classics, Indianapolis.
- Mises, Ludwig von (1981), *Epistemological Problems of Economics*, New York University, Nueva York.
- Mises, Ludwig von (1995), *La Acción Humana. Tratado de Economía*, Unión Editorial, Madrid.
- Misner, Paul (1991), *Social Catholicism in Europe. From the Onset of Industrialisation to First World War*, Darton, Longman and Todd, Londres.
- O'Donnell, Roderick Macdud (1989), *Keynes: Philosophy, Economics and Politics. The Philosophical Foundations of Keynes's Thought and their Influence on his Economics and Politics*, MacMillan, Londres.
- Pareto, Vilfredo (1897), *Cours d'Économie Politique II*, Droz, Ginebra.
- Passmore, John (1968), *A Hundred Years of Philosophy*, Penguin, Duckworth.
- Robbins, Lionel (1935), *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Macmillan, Londres.
- Rubio de Urquía, Rafael (1991), "Ética y Procesos de Asignación de Recursos", *Información Comercial Española*, n° 691, pp. 7-16.
- Rubio de Urquía, Rafael (1993), "Los Procesos de Producción de la Acción Humana, la Teoría Neoclásica de los Procesos de Asignación de Recursos y la Economía de la Familia", *Revista Española de Pedagogía*, vol. 51, n° 196, pp. 551-572.
- Rubio de Urquía, Rafael (1996), "Amor de Preferencia por los Pobres y Dinámica Económica del Cristiano", en Fernández, Fernando (ed.), *Estudios sobre el Catecismo de la Iglesia Católica*, AEDOS/Unión Editorial, Madrid.
- Rhonheimer, Martin (2011), *The Perspective of Morality (Philosophical Foundations of Thomistic Virtue Ethics)*, Catholic University of America Press, Washington D.C.

- Solari, Stefano (2007), “The Contribution of Neo-Thomistic Thought to Roman Catholic Social Economy”, *American Review of Political Economy*, vol. 5, n° 2, pp. 39-58.
- Toniolo, Giuseppe (1908), *Trattato di Economia Sociale*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia.
- Walras, Léon (1874), *Éléments d'Économie Politique Pure au Théorie de la Richesse Sociale*, R. Pichot et R. Durand Auzias, París.
- Woods, Thomas E. (2005), *The Church and the Market (A Catholic Defense of the Free Economy)*, Lexington Books, Lanham, MA.
- Yuengert, Andrew M. (1999), “The Uses of Economics in Papal Encyclicals”, en J. Dean, James y Waterman, Anthony Michael Charles (eds.), *Religion and Economics. Normative Social Theory*, Kluwer Press, Boston/Dordrecht, Londres, pp. 33-50.